



UN ARQUITECTO CATALÁN GÓTICO: ARNAU BARGUÉS

Por Adolfo Florensa, Arquitecto

Cuando se contemplan las magníficas creaciones de nuestra arquitectura de los siglos medios, que en muchos aspectos traduce de un modo que no se ha superado ya nunca las más finas características del pueblo que las engendró, desearíamos muchas veces enfrentarnos con las personalidades que las idearon, conocer sus vidas, la carrera de sus existencias con todas las vicisitudes que las llenaron, el ambiente en que crecieron, sus aprendizajes, cómo fueron recibiendo las enseñanzas de los maestros que les habían precedido, su madurez y su decadencia; pero en arquitectura todavía esto no es posible más que en casos rarísimos. Los riquísimos archivos notariales catalanes, favorecidos por la costumbre que tenían de nuestros antepasados de ir dejando rastro legal y escrito de casi todos sus actos, han rendido estos últimos años copiosas cosechas, sobre todo en lo que se refiere a pintores y escultores; especialmente, la costumbre de extender notarialmente los contratos de aprendizaje nos ha permitido formarnos idea clara de cómo se organizaban los talleres de los pintores y escultores de retablos, de su mayor o menor actividad y de las relaciones estilísticas entre unos y otros. Véanse, por

ejemplo, entre otros, la serie de artículos de Madurell Marimón en el *Boletín de los Museos de Barcelona* (1).

De los arquitectos y constructores sabemos menos; pero hay que esperar que la constancia de los eruditos vaya paulatinamente sacando a la luz la vida de aquellos maestros que crearon obras tan representativas.

Al ir a escoger un nombre entre los arquitectos catalanes de la época gótica, hay tres que nos atraían: Jaime Fabrè, arquitecto de la Catedral de Barcelona y de Palma de Mallorca; Guillem Sagrera, el artífice que creó la Lonja de esta última ciudad y que llevó nuestra arquitectura a los dominios de Nápoles, y Arnau Bargués, que si bien fué también maestro de la Catedral de Barcelona, se hace notar principalmente como arquitecto de obras civiles, siendo uno de los creadores de ese gótico

(1) JOSÉ M.^a MADURELL MARIMÓN: *Los Maestros de la escultura renaciente en Cataluña*.—MARTÍNEZ DIEZ DE LIATZASOLO: *Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona*, vol. III, 1 de enero 1945.—*El arte en la comarca alta de Urgel*, ibídem, vol. IV, 1, 2, 3 y 4, 1946.—Francisco Ribalta, pintor catalán, ibídem, volumen V, 1 y 2, 1947.—*Escultores renacentistas en Cataluña*, ibídem, vol. V, 3 y 4, 1947.

burgués catalán, digno y mesurado, sin ampulósidades ni grandilocuencias, que tan bien traduce el espíritu de aquellos «ciudadanos honrados» de Barcelona, gente de trabajo y comercio, pero empapados de orgullo municipal y patriótico.

Jaime Fabré es todavía un enigma (2); aparece como maestro de las obras de Santo Domingo de Palma de Mallorca, en 1326, y de la Catedral de Barcelona, en 1318; pero también en Perpiñán se cita un Jacques Favran, que luego es contratado por el Cabildo de Gerona en 1320; y se ha discutido mucho si ambos maestros pudieran ser uno mismo. Pero aunque las fechas conocidas lo hacen compatible, parece poco probable.

Sagrera, el mallorquín que creó la delicada Lonja de Palma, con detalles que tanto se adelantan a su tiempo,

No se conoce la fecha de su nacimiento, pero la primera noticia suya que se tiene es de 1386, en que Arnau Bargués, «maestro de obras y ciudadano de Barcelona», con Bartolomé Sisvert y Pere Arvei, «maestro de la obra de la Lonja de los Mercaderes» de la misma ciudad, fueron llamados a Gerona para dar su parecer técnico sobre si la Catedral debía continuarse con tres naves, como se había empezado en la primera mitad del siglo XIV, o con una sola, como sostenían los maestros gerundenses. Este pleito, que era ya largo y envenenado, no se resolvió definitivamente hasta treinta años después, en 1416, en el célebre congreso o reunión de arquitectos que convocó el obispo Dalmacio de Mur y cuyo proceso verbal, hallado y reproducido ya por Villanueva, ha aparecido íntegro o en extracto en las obras generales



El Arcángel San Rafael, con su cara de burgués bonachón, parece proteger a la ciudad y a sus habitantes. (Cliché Arch. Hist. Barcelona.)

trabajó luego en Perpiñán, y más tarde, al renovar por orden de Alfonso el Magnánimo el viejo Castillo de Nápoles, repite la bóveda estrellada de la sala capitular de Barcelona, pero llevándola hasta un cuadrado de 26 metros de lado, con lo que realiza la bóveda gótica mayor del mundo, como antes lo fuera la nave única de la Catedral de Gerona, con sus 22 metros de luz.

De Arnau Bargués conocemos bastantes datos en lo que se refiere a su actuación profesional, datos que ha reunido el joven y erudito investigador F. P. Verrié (3).

(2) PIERRE LAVÉDAN: *L'architecture gothique religieuse en Catalogne*. París, 1935, pág. 142.—*Le Problème Favran-Fabre*.

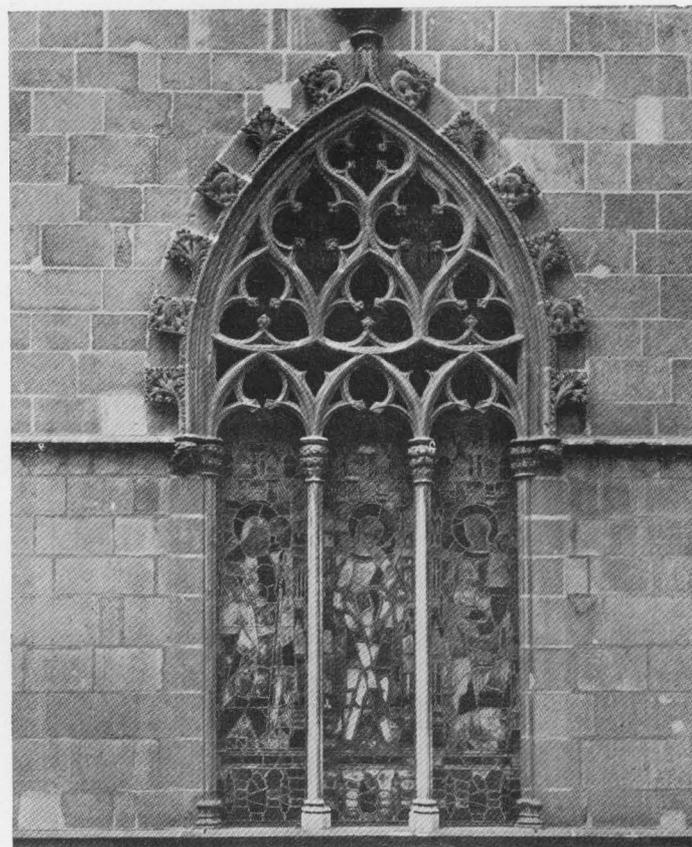
(3) *Barcelona. Divulgación Histórica*, tomo IV, pág. 146, 1947. *Un Arquitecto de la Barcelona Medieval. Arnau Bargués y sus obras*.

de Street, Lampérez y Lavedan o en las más especiales de Bassegoda, Puig y Cadafalch y otros. La solución, como es sabido, fué en favor de la nave única, a pesar de que de los doce maestros consultados en 1416, siete votaron por las tres naves. Serra y Ráfols y Verrié han puesto en claro que la cuestión ya databa de antes de 1386.

El hecho de que Bargués fuese llamado para una cuestión tan importante y de tanta responsabilidad técnica hace pensar que había de ser ya en esa fecha un hombre de maduro juicio y gran experiencia profesional. Esto se comprueba por su nombramiento, en 1397, de maestro mayor de la obra de la Catedral de Barcelona; y al año siguiente asume también las funciones de maestro de las obras reales, emprendiendo con este carácter



Ménsula de arranque del guardapolvo de una ventana de la Casa de la Ciudad. (Cliché Arch. Hist. de Barcelona.)



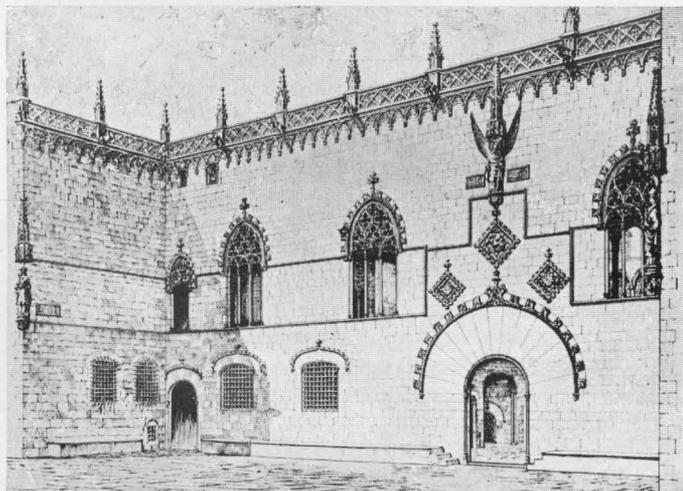
Una de las solemnes ventanas, de aire algo religioso, pero de trazado y ejecución perfectos, que se abren en la fachada del Ayuntamiento. (Cliché Más.)

la construcción del palacio para residencia del rey Martín el Humano en el Monasterio de Poblet. Sólo un año más tarde, en 1399, recibe el encargo de edificar la fachada de la Casa Municipal de Barcelona, que es la que se conserva parcialmente con el nombre de «fachada gótica» a la calle de la ciudad.

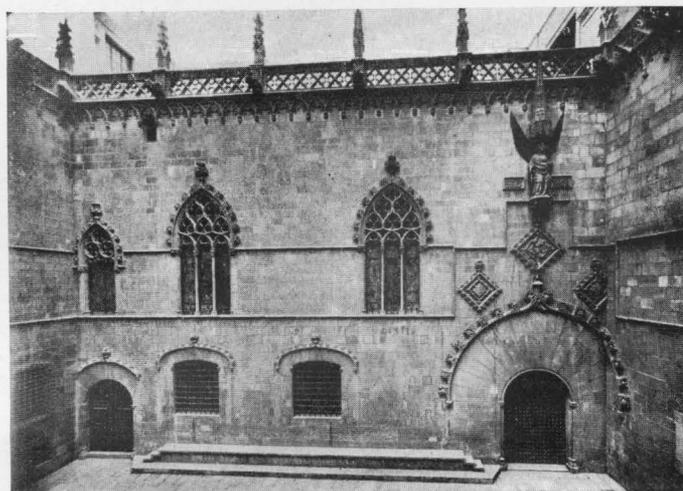
Estas obras tan importantes, llevadas a cabo simultáneamente y para clientes de tanta categoría, el Cabildo Catedral, el rey y la Municipalidad rica y potente de

Barcelona, indican que en aquel momento era Bargués le personalidad preeminente en su arte. En el aludido estudio del señor Verrié se citan datos muy notables que prueban la pugna entre las diversas entidades para asegurarse la colaboración del célebre arquitecto: ya son los «Consellers» de Barcelona, que al liquidarle sus honorarios, en 1402, por las obras de la referida fachada, teniendo en cuenta, dicen, «lo bien y provechosamente que para la ciudad se ha conducido», y que ha

La fachada de la Casa de la Ciudad antes de la mutilación que sufrió en el siglo XIX. En la ventana a la izquierda del portal, que correspondía, aproximadamente, al centro de la fachada, se desplegaba la bandera de Santa Eulalia cuando se levantaban en son de guerra las milicias de la ciudad. (Cliché Arch. Hist. Barcelona.)

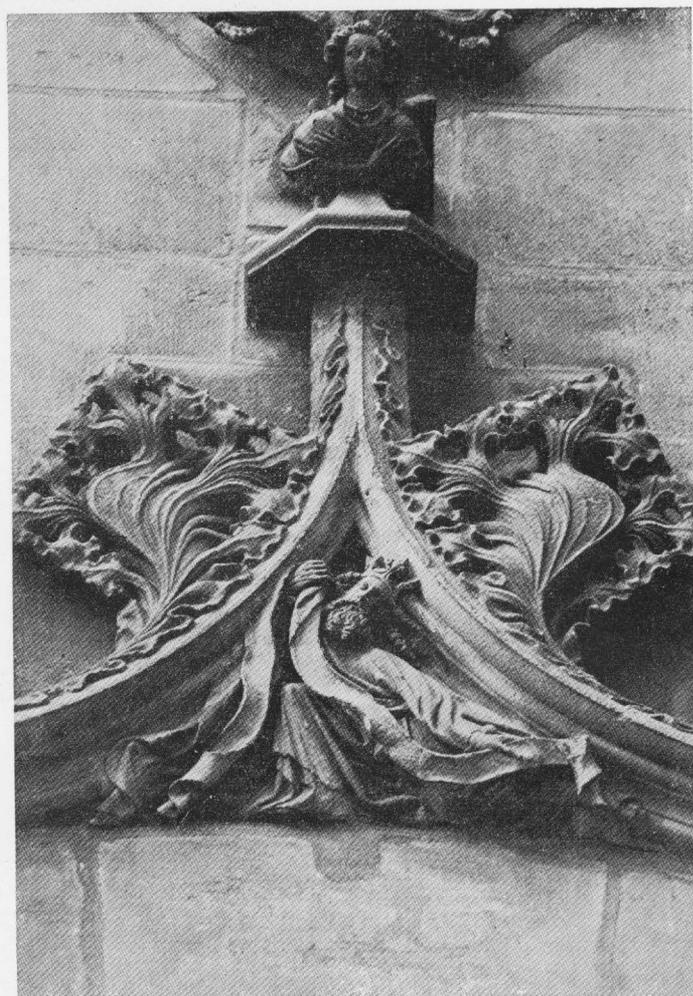


Fachada gótica de la Casa de la Ciudad de Barcelona. Composición sobria y equilibrada, con predominio de macizos y líneas horizontales. En su estado original tenía una ventana más a la derecha del portal, y, al reducirla, retornaron de un modo curioso el guardapolvo de la puerta. (Cliché Ribera.)





Los ventanales del palacio del Rey Martín tienen una traza completamente civil, a pesar de su rico calado. (Cliché Gudiol.)



En el vértice del guardapolvo se encuentra esta deliciosa figurilla de un rey barbudo que sostiene un largo pergamino. (Cliché Más.)

tenido que dejar otras obras en que hubiese podido sacar mayor provecho, «ço es del Monestir de Poblet, hont haguera haut major salari e esa provisió, e del Castell de Blanes e moltes altres obres», le aumentan 55 libras barcelonesas sobre el precio estipulado; ya el libro de obra de Poblet, donde consta que al visitar los trabajos del palacio del rey Martín lo hacía «a desplaer e contra voler» del obispo y el Capítulo de la Catedral y de los «Consellers».

La obra de la fachada gótica del Ayuntamiento fué muy rápida, y la del palacio del rey Martín se abandonó hacia 1406 (4), con lo que la actividad principal de Bargués se concentró en las obras de la Catedral, donde inició la construcción del original cimborrio, a los pies de la iglesia, que no debía terminarse hasta bien entrado el siglo XIX, y preparó proyecto y modelos en madera y yeso de la sala capitular, que cincuenta años más tarde Guillem Sagrera, como hemos dicho, revitió, ampliada a colosales dimensiones, en el *Castel Nuovo* de Nápoles.

De algún otro trabajo de Bargués se tiene noticia, como la iglesia del Monasterio del Valle de Hebrón, también en Barcelona, que fundó Violante de Bar, esposa de Juan I, y fué construída entre 1394 y 1397 (5). Pero en los años siguientes, su nombre se encuentra citado rara vez, lo que puede ser consecuencia de la edad

(4) F. L. P. VERRÍE: *Obra cit.*, pág. 150.

(5) AINAUD, GUDIOL, VERRÍE: *Catálogo Monumental de España. La Ciudad de Barcelona*, pág. 185.

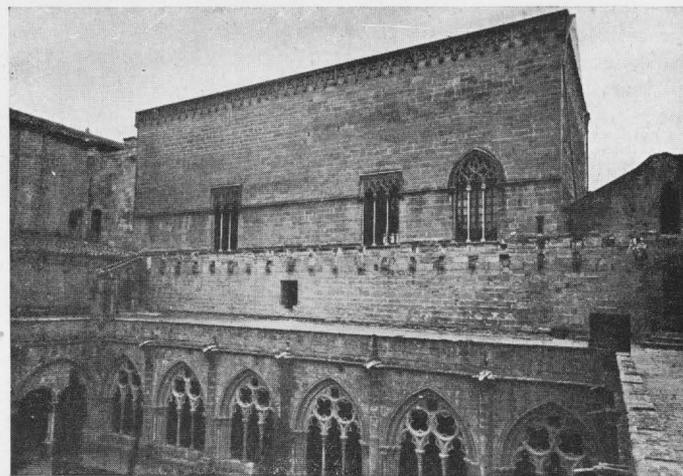
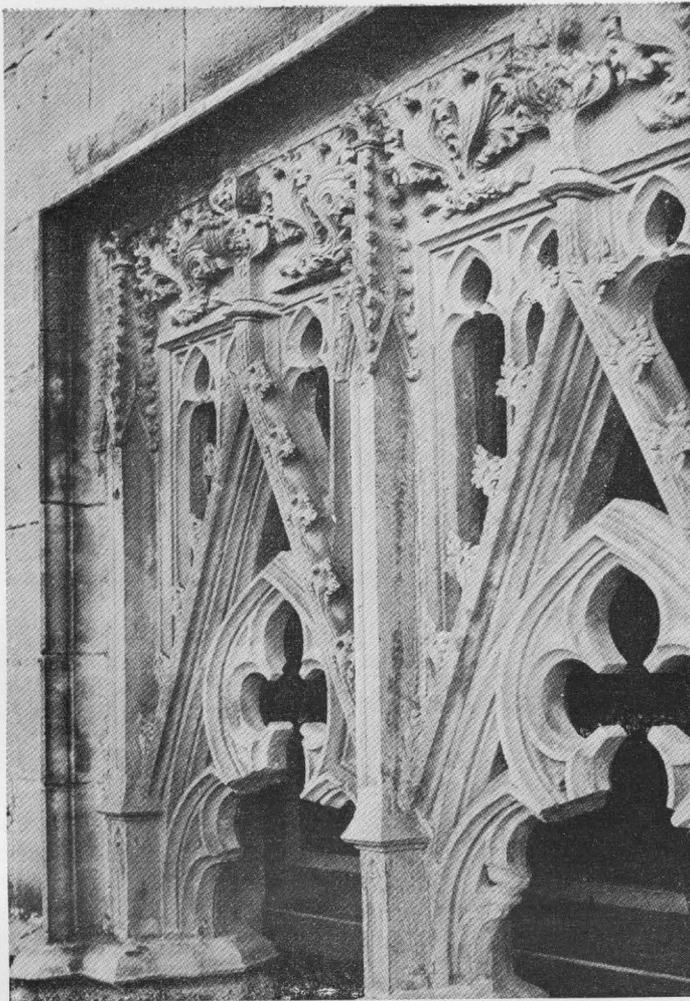
o, mejor aún, de una salud minada por los años de gran actividad a que nos hemos referido.

La última vez que aparece su nombre es en 1407 y aun en la forma «Joan Bargués», maestro mayor de la ciudad, que dirige las obras de construcción de sus muros; pero la identidad del cargo, el no conocerse la existencia de otro Bargués constructor y otras causas llevan a Verrié a la convicción de que la sustitución de «Arnau» por «Joan» es un *lapsus cålami* del escribiente, cosa por lo demás normal en la época.

En 1413, después de haber otorgado testamento ante el notario Francesc de Manresa, fallece Arnau Bargués en Barcelona.

DE las obras que con certeza levantó el maestro cuya vida hemos resumido tan brevemente, hay dos, que son el palacio del rey Martín, en Poblet, y la fachada antigua de la casa de la ciudad de Barcelona, que nos interesan especialmente. Y esto por varias razones: en primer lugar son enteramente de su mano, como consta sin duda alguna en los documentos coetáneos; además son dos obras de arquitectura absolutamente civil, aunque una de ellas se encuentre formando parte de un monumento religioso tan importante como el célebre Monasterio catalán del Cister; y, por último, su estado de conservación es excelente, aunque la fachada municipal perdió en el siglo XIX una parte.

Ambas obras se caracterizan por algunas cualidades que han acompañado en general a la arquitectura cata-



A la derecha: Si en esta fachada la decoración se prodiga poco, nótese, en cambio, que los ventanales están trabajados como verdaderas joyas.—Arriba: La cornisa del palacio del Rey Martín. Muy parecida a la del Ayuntamiento de Barcelona, pero con piedra de menos calidad. Nótese las típicas cabecitas, tan bien labradas, a pesar de que apenas se divisan a simple vista.—Abajo: Palacio del Rey Martín en Poblet. Enorme muro liso, en que la única decoración se concentra en la cornisa y en los huecos.

(Clichés Gudiol.)

lana, pero que son más singulares en monumentos góticos. La composición a base de grandes líneas horizontales, no sólo en la parte terminal, sino en las molduras que marcan los apoyos de las ventanas y las alturas de sus capiteles; el marcado predominio de macizos sobre huecos, dejando lucir el bello aparejo de sillería; la parquedad de la decoración, sobre todo teniendo en cuenta el destino de ambos edificios, palacio real el uno y albergue de una corporación rica y orgullosa el otro; la concentración de esta decoración en lugares determinados, dejando a la vista anchos campos de reposo; todas estas cualidades dan a la arquitectura gótica catalana su raro encanto, hecho de contención y de mesura, que no puede, sin embargo, llamarse pobreza. Como dice el marqués de Lozoya, «el gótico catalán tiene su acento propio, caracterizado por la austeridad, por la afición a los paramentos lisos, por la atrevida esbeltez de las proporciones y la elegancia de la sobria decoración (6).

En el edificio municipal, la puerta es semicircular, de moderada altura y acompañada del abanico de enormes dovelas, que en tantos casos son el único adorno de nuestras portadas. Pero como aquí el edificio había de ser rico, el arco va rodeado de un guardapolvo (llamado en el contrato original *xambrana* o *sobrevolt*) exornado

con hojas rizadas y apoyado en dos ménsulas de excelente escultura. Por encima de este portal se desarrolla una composición con motivos heráldicos, formados por dos escudos de la ciudad y uno central, con las armas reales, y en lo alto una estatua de San Rafael, de la que luego hablaremos.

Las ventanas son nobles y grandiosas, esparcidas con amplio ritmo y revelando una ascendencia religiosa; la coronación superior de la fachada está formada por una cornisa sobre arquillos, con un calado antepecho puntuado regularmente por pináculos, acusando la cubierta en terraza.

La fachada se retira unos metros de la calle, formando como un deslunado, cuyos lados siguen la ordenación de aquélla y terminan en sendas estatuas cubiertas por doseletes: una de Santa Eulalia, del siglo XVI, y la otra, moderna, de San Severo, que sustituye a la que desapareció cuando, próxima la mitad del siglo XIX, la fachada fué reducida en longitud por su parte norte, y en peligro estuvo de verse completamente derribada.

La fachada del palacio del rey Martín en Poblet tiene con la de Barcelona un parentesco notorio, pero es mucho más sencilla. Por estar cubierta con tejado faltan el antepecho y los pináculos, pero presenta casi idéntica cornisa sobre arquillos. El predominio del ma-

(6) *Historia del Arte Hispánico*, II, pág. 119.

cizo sobre el hueco llega aquí a ser brutal, tanto, que puede decirse que el protagonista de aquella arquitectura es realmente el muro desnudo, construido con una bella arenisca de tono dorado rojizo; finalmente, las ventanas, salvando la primera de la derecha, rechazan todo parecido con sus hermanas de la arquitectura religiosa; parece como si, por lo mismo que el palacio se había de encontrar como perdido en un enorme complejo de construcciones monásticas, el arquitecto hubiese querido señalar, sin lugar a duda, el carácter civil de los aposentos reales.

Una circunstancia más tienen de común ambas obras: la extraordinaria valía de su decoración escultórica. No sabemos si el mismo Bargués, como tantos maestros góticos, era también escultor; pero sí consta que en algunas de las piezas de sus fachadas cooperó con él un grande y conocido artista, *Jordi de Deu*, el esclavo griego de Cascalls, también célebre escultor. Jordi de Deu, que al libertarse tomó el nombre de *Jordi Johan*,

esculpió positivamente los magníficos escudos cimeros de la puerta del Ayuntamiento, y la calidad de toda la restante escultura de ambas fachadas es tan excelente que cabe suponer que, si no la ejecutó toda él personalmente, debió orientar y dirigir el taller o cuadrilla de escultores, a quienes se debe. La única pieza que parece no deberse a él es el magnífico Arcángel San Rafael, que Durán y Sampere (7) describe así: «Es una imagen de expresión benévola que viste holgados ropajes de plegado simple; sus alas metálicas se abren pe-

gadas al muro, altas, protectoras; lleva un rótulo abierto en la mano izquierda, y sabemos que la derecha, que ahora le falta, empuñaba una lanza o espada, que algunas veces hubo de ser recompuesta.» Esta figura fué labrada a costa de un rico ciudadano que ocultó su nombre y la regaló para que fuese colocada en el testero del Salón de Ciento; pero como en éste se quisieron poner, a ambos lados de la Virgen, a Santa Eulalia, Patrona de la ciudad, y a San Andrés, en cuya festividad se elegía a los «consellers», la figura del Arcángel se destinó a la fachada de acuerdo con el donante, quien exigió, empero, que la estatua no se cambiase jamás de emplazamiento, lo que, hasta el día, se ha cumplido, a pesar de los cinco siglos y medio transcurridos. El hecho de que la estatua de San Andrés fuese de Pere Sanglada, lo mismo que las alas de bronce de la de San Rafael, hacen suponer fundadamente a Durán y Sampere que pueda ser dicho célebre escultor el que labró la bella



La picardía desenvuelta de los escultores campea en estos capiteles como lo hacía en las misericordias de las sillerías de coro. (Cliché Más.)

figura, que con su benigna y familiar sonrisa parece acoger amistosamente a los visitantes del edificio.

TERMINAMOS aquí las notas, demasiado breves, que hemos podido dedicar a Arnau Bargués. Los arquitectos medievales, gente de condición, y sobre todo de ánimo modesto, dejaron huella ligera de su paso. Pero si sabemos poco de sus personas tenemos sus obras; esas obras compuestas serena y limpiamente y ejecutadas con cariño, como una joya. Y esas obras nos hacen recordar y amar a sus autores mejor que la más documentada y ditirámica biografía.

(7) *La Casa de la Ciudad*, Barcelona, 1943, pág. 16.



Uno de los escudos que Jordi Johan labró para la fachada del Ayuntamiento de Barcelona. El trabajo tiene una calidad de orfebrería y la excelente arenisca de Montjuich, a pesar de los cinco siglos y medio transcurridos, deja admirar incluso las huellas del cincel del escultor. (Cliché Arch. Hist. Barcelona.)